

ballesteros y algunas galeras que le envió el aragonés (agosto, 1349), arregladas las diferencias que á causa de la reina doña Leonor y de sus hijos entre sí traian, tampoco fué bastante eficaz auxilio para la conquista de la plaza. Molestaban por otra parte á los cristianos los moros granadinos con continuos rebatos y celadas. Mas todo esto hubiera sido insuficiente para quebrantar la constancia de Alfonso y de sus valientes castellanos, si por desventura no se hubiera desarrollado en el campamento una mortífera epidemia, que antes habia ya hecho estragos en Italia, en Inglaterra, en Francia y aun en España en las partes de Extremadura y Leon. El infante don Fernando de Aragon, sobrino del rey, hijo de doña Leonor su hermana; don Juan Nuñez de Lara, don Juan Alfonso de Alburquerque, don Fernando señor de Villena, hijo del infante don Juan Manuel (que á esta sazón habia ya muerto), junto con otros señores, prelados y ricos hombres, aconsejaban al rey que desistiera de aquel empeño, atendida la gran mortandad que el ejército sufría. Tenia Alfonso por mengua y baldon para Castilla abandonar una empresa por temor á la muerte, y su obstinacion y temeridad fueron fatales al monarca y á la monarquía. Alcanzóle al mismo rey el contagio, y atacóle tan fuertemente que el 26 de marzo de 1350 la muerte de Alfonso XI. de Castilla difundió el luto, la tristeza y el llanto por todo el campamento cristiano; llanto y lu-

to que muy pronto se hizo general en todo el reino (1).

Tal fué el lastimoso fin del undécimo Alfonso, el postrero de su nombre en esa galería ilustre de los grandes y esclarecidos Alfonsos de Castilla, á los treinta y ocho años de su reinado, y poco mas de los treinta y nueve de edad. Llevaron su cuerpo á enterrar á Sevilla. Oigamos el hecho grande que honró mas la memoria de este rey. Oigamos el testimonio sublime de respeto que los musulmanes mismos dieron á sus cenizas. Copiemos las palabras del historiador arábigo. «El rey de Granada (dice), cuando entendió la muerte del de Castilla, como quiera que en su corazón y por el bien y seguridad de sus tierras holgó de la

(1) Cron., cap. 341. Hé aqui las curiosas noticias que da un escritor español acerca de la horrible epidemia que en aquel tiempo sufrió la humanidad.

«No afligió solamente á España el contagio, sino que se derramó por toda Europa con espantoso estrago. Se atribuyó á unos buques comerciantes que en 1348 apestaron á Sicilia y Toscana con los géneros infectos que traian de Levante. Raynaldó en sus Anales eclesiásticos al dicho año 1348, n.º XXX. y siguientes, refiere los crueles males que causó á Italia, matando, señaladamente en Florencia, mas de la tercera parte de sus habitantes. Se dice que Juan Bocacio para divertir á sus amigos amedrentados de los progresos que hacia la epidemia, compuso su *Decameron*, ó cien fábulas de chascos amorosos, que

por su sal y elegancia han merecido el mayor aplauso, y ser vertidos en lenguas francesa y alemana, y aun en la española.... El papa Clemente VI. mandó encender hogueras para purificar el ambiente; y concedió que todos los sacerdotes promiscuamente pudiesen absolver de todos los pecados sin reservar ninguno á los que padeciesen el contagio. Según los historiadores franceses, la Francia fué uno de los reinos que padecieron mas los horribles efectos de la pestilencia, pues solamente en el cementerio de los Santos Inocentes de París se enterraban diariamente quinientos apestados. El pueblo, creyendo que los judíos habian envenenado los pozos y fuentes (de que provino en su concepto la epidemia) los mataba y condenaba á las llamas sin otro exámen

» muerte, con todo eso manifestó sentimiento, porque
 » decía que había muerto uno de los más excelentes prin-
 » cipes del mundo, que sabía honrar á todos los bue-
 » nos, así amigos como enemigos, y muchos caballe-
 » ros musulmes vistieron luto por el rey Alfonso, y los
 » que estaban de caudillos con las tropas de socorro
 » para Gebaltaric no incomodaron á los cristianos á su
 » partida cuando llevaban el cuerpo de su rey desde Ge-
 » baltaric á Sevilla (1).» Ya antes había dicho el mis-
 mo historiador: «Era Alfonso de estatura mediana y
 » bien proporcionada, de buen tal le, blanco y rubio.
 » de ojos verdes, graves, de mucha fuerza y buen
 » temperamento, bien hablado y gracioso en su decir,

» Con semejante violencia llegó su
 » desesperación á tal punto que las
 » madres se arrojaban con sus hi-
 » jos en las hogueras en que ardian
 » sus maridos, para que despues
 » de su muerte no bautizasen á sus
 » hijos. Movidó el papa de estos
 » desastres espidió dos bulas, im-
 » poniendo pena de excomunion
 » al que hiciese violencia á los ju-
 » díos. Nada inferiores males pa-
 » deció nuestra España, segun lo
 » advierten las crónicas de don Al-
 » fonso XI. y don Pedro en las cua-
 » les esta peste se llama *la mortan-
 » dand grande*.» El Cronicon
 » Cimbricense publicado en el to-
 » mo 23 de la España Sagrada, se
 » esplica así: «Era de mil trescien-
 » tos ochenta y seis años por San
 » Miguel de setiembre comenzó
 » esta pestilencia, que hizo gran
 » mortandad en el mundo, de mo-
 » do que murieron las dos partes
 » de la gente. Esta mortandad
 » duraba por espacio de tres me-
 » ses y la mayor parte de las do-

» lencias eran unas hinchazones
 » que se levantaban en las yaxillas
 » y bajo los brazos; todos padecie-
 » ron iguales dolores, los que mu-
 » rieron y los que curaron. Por las
 » noticias que hallamos en los es-
 » critores musulmanes españoles,
 » creemos que en la Andalucía se
 » sintió mas el azote, para cuyo
 » remedio escribió el cronógrafo
 » de Granada Ebn Alkatib un tra-
 » tado que intituló *Averiguacio-
 » nes muy útiles de la horrible en-
 » fermedad*. Abugiafar, tambien
 » musulman y médico de Almería,
 » escribió otro tratado sobre el
 » mismo asunto, en el cual advierte
 » que la pestilencia se dejó ver pri-
 » meramente en Africa, luego se
 » derramó en el Egipto y toda la
 » Asia, finalmente invadió Italia,
 » Francia y España, y que en Al-
 » mería donde hizo el mayor es-
 » trago duró por espacio de once
 » meses.» Casiri, *Bibliot. Arabe*,
 » His., tomo 2.º, pag. 334, col. 2.
 (1) En Conde, part. IV. c. 23.

» muy animoso y esforzado, noble, franco y venturoso
 » en las guerras para mal de los musulmes.»

No le juzgó mal Mariana cuando dijo: «Pudierase
 igualar con los mas señalados príncipes del mundo,
 así en la grandeza de sus hazañas como por la disci-
 plina militar y su prudencia aventajada en el gobier-
 no, sino amancillara las demás virtudes y las oscure-
 ciera la incontinencia y soltura continuada por tanto
 tiempo. La afición que tenia á la justicia y su celo, á
 las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el re-
 nombre que tuvo de *Justiciero*.» Nosotros, recono-
 ciendo y admirando sus eminentes dotes como guer-
 rero y como príncipe, sus altos y gloriosos hechos
 como soldado y como gobernador, somos algo mas
 severos en condenar aquellas ejecuciones cruentas,
 aquellos suplicios horribles sin forma de proceso,
 aquellos castigos que si merecidos á las veces, des-
 cubrian demasiado la venganza del hombre mezclada
 con la justicia del rey, y con los cuales ensangrentó
 y manchó y principalmente el primer periodo de su
 reinado. Y en cuanto á sus ilícitos amores con doña
 Leonor de Guzman, cadena no interrumpida de fla-
 quezas que solo se quebró cuando faltó el eslabon de
 la vida del monarca, y que hacia resaltar mas la fe-
 cundidad prodigiosa de la ilustre concubina, seríamos
 algo mas indulgentes si á la flaqueza no hubiera acom-
 pañado el escándalo. Y en verdad nos asombra la to-
 lerancia con que prelados y señores presenciaban el

espectáculo de la muger adúltera, siguiendo públicamente al rey á Sevilla, á Córdoba, á Mérida, á Leon ó á Madrid, y habitando en su palacio con desdoro de la magestad y con tormento y mortificacion de la que legitimamente debia compartir sola con él el tálamo y el trono. Dejó, pues, Alfonso XI, estos dos funestos ejemplos de crueldad y de lascivia á un hijo que no habia de tardar en escederle en actos escandalosos de lascivia y de crueldad, y á su fallecimiento quedaba sembrado el gérmen de las calamidades y de los crímenes y de los disturbios y horrores que por desgracia tendremos mas adelante que referir.

A la muerte de Alfonso XI., fué aclamado rey de Castilla y de Leon su hijo don Pedro, el que la tradicion conoce con el nombre de don Pedro *el Cruel*.

INDICE DEL TOMO VI.

—→→→00←←←—

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO III.

CAPITULO I.

ALFONSO X. (el Sábio) EN CASTILLA:

JAIME I. (el Conquistador) EN ARAGON.

De 1252 á 1276.

PÁGINAS.

Primer periodo del reinado de don Alfonso el Sabio.—Renueva al alianza de su padre con el rey Ben Alhamar de Granada.—Sabio gobierno del emir granadino: prosperidad de su estado.—Conquistas de Alfonso de Castilla.—Cede el Algarbe á Portugal.—Su proyectada espedicion á Africa. Empresas frustradas sobre Navarra y Gascuña.—Defecion de su hermano don Enrique y del señor de Vizcaya.—Es elegido emperador de Alemania. Contrariedades que experimenta para la posesion de la corona imperial. Niéganle su confirmacion los pontífices.—Consumen los tesoros de su reino en reclamaciones inútiles. Su entrevista con el papa. Exito desgraciado de estas negociaciones.—Rebelion de los moros valencianos: término que tuvo.—Situacion de Aragon.—Politica de don Jaime dentro y fuera de su reino.—Levantamiento de los moros de Andalucía y Murcia. Guerra entre el rey de Castilla y el de Granada: auxilia don Jaime á su yerno don Alfonso: tratado de Alcalá de Ben Zaid.—Enlaza la casa